

GALERÍA DE RETRATOS. GRANDES FIGURAS DEL LAICADO DOMINICANO

Conferencia en el Consejo Europeo de Fraternidades Laicales Dominicanas
(Vienne, marzo de 1998)

fr. Jean-Baptiste Dusset, o.p.

He titulado esta conferencia « Galería de Retratos ». Algunos de vosotros tal vez conozcáis Hernani, una célebre pieza de Víctor Hugo y habréis reconocido el paralelismo. Esta escena me ha venido espontáneamente a la mente cuando leí por primera vez, en 1985, una conferencia que presentó en Montreal fray Domenico Abbrescia, en oportunidad del congreso Mundial de Fraternidades.

Consideremos esta escena en dos palabras, ha quedado grabada en mi memoria desde los años del colegio. Para responder al rey que pide que se le entregue Hernani, a quien el duque Ruy Gómez mantiene escondido, éste recorre en su castillo la Galería de retratos. Deteniéndose delante de cada cuadro, evoca los hechos heroicos de sus antepasados. Al final, cuando llega delante del último dice: “Este retrato es el mío. ¡Gracias, Rey don Carlos! Porque queréis que al verlo se diga: Este último, digno hijo de una raza tan alta, fue un traidor que ¡vendió la cabeza de su huésped!”.

Para nosotros, la situación no es ciertamente la misma. Pero lo que me gusta destacar, es la altivez de don Ruy Gómez. Está orgulloso de sus ancestros, de su ejemplo saca la fuerza para ser fiel a una tradición de prestigio y nobleza. Como introducción a los trabajos de esta cuarta reunión de los representantes de las Fraternidades laicales dominicanas de Europa, ¿no sería estimulante para cada uno de nosotros realizar una gestión parecida, que nosotros también recorriéramos la galería de retratos de los miembros ilustres de la noble familia del Laicado dominicano, para encontrar allí, a nuestra vez y descubriendo a nuestros mayores, la satisfacción de una tradición de siete siglos, que hoy debemos prolongar y transmitir? No tengo cuadros para colgar de la pared. Pero quisiera bosquejar delante de vosotros unos retratos para despertaros un orgullo parecido y la voluntad de no dejar caer un linaje de héroes y de santos.

¿Será necesario precisar que me inspiro grandemente en la obra del Padre Abbrescia, fallecido, desgraciadamente, en 1971?

Catalina de Siena

He aquí, primeramente, a la más grande de nuestros antepasados, la que sobrepasa a todos los demás personajes. Catalina, nacida el día de la Anunciación de 1347, vigésima tercera hija de Jacobo Benincasa, tintorero sienés, y de Lapa Piagenti. A los seis años, recibió su primera visión sobrenatural y a los siete, hizo voto de virginidad. Resistió victoriosamente a todos los proyectos matrimoniales de sus padres, y a los dieciséis años, entró a formar parte de las mantellate –así se designaba entonces en Siena a las laicas dominicas- revistiendo el hábito blanco y negro. Reparte su tiempo entre la iglesia y la leprosería, donde atiende a los

enfermos. Tiene apenas 20 años cuando, en la noche del último jueves anterior al miércoles de ceniza de 1367, se le concede la gracia del matrimonio místico con Jesús.

En Siena, Catalina no pasa inadvertida. Para algunos su comportamiento parece absurdo, para otros, es escandaloso; otros incluso tratan a Catalina de exaltada. Eso no impide que se forme alrededor de ella un cenáculo de gente de la Iglesia, sacerdotes y religiosos, artistas y hombres cultos, artesanos y trabajadores, jóvenes y menos jóvenes, mujeres sencillas del pueblo y damas de la aristocracia sienesa. Esta hermosa compañía, como se la designa, se reúne alrededor de Catalina para orar, reflexionar, meditar y dialogar. Ciertamente a Catalina no le falta encanto femenino, pero es todavía más rica en santidad; su belleza espiritual sobrepasa a la natural.

Cuando el papa Urbano V deja Roma para volver a Avignon (1367), Catalina se siente iluminada interiormente por el Espíritu Santo y comienza a formar una conciencia política en el sentido dominicano del “ve y predica”. Está segura de haber recibido de Cristo una misión profética y de haber sido enviada por Él. Entonces se prodiga sin descanso en cuidar a los apestados de Siena (1374), recibe de Gregorio XI la indulgencia y así empiezan los contactos de Catalina con el papa. A invitación de éste, ella lanza el apostolado de la travesía santa, cruzada contra los musulmanes. En este período, al volver a Siena, asiste en el cadalso al joven Niccolo di Tuldo.

Cuando Gregorio XI replica a la revuelta de los florentinos con el interdicto sobre la ciudad, éstos temiendo las consecuencias de esa acción, se apresuran a comisionar a Catalina como embajadora ante el papa. Es así que en junio de 1376, ella se encuentra en Avignon acompañada de su confesor, el beato Raimundo de Capua. El papa consiente a su pedido de indulgencia. Pero la reanudación de las hostilidades por parte de los florentinos provoca el fracaso de la misión.

Sin embargo, Catalina tiene otra misión, secreta, que le ha confiado Cristo mismo: hacer volver al papa a su sede de Roma. Ella se ofrece como víctima para lograr el éxito de esta misión. “Si es tu voluntad, hazme pedazos los huesos y la médula por tu Vicario en la tierra”, ruega ella en Avignon. Gregorio XI abandonará esta ciudad el 19 de septiembre de 1376, y en enero de 1377 está de regreso en Roma. Pero no tardará en morir allí. Su sucesor Urbano VI no recibe una buena acogida y la revuelta vuelve a estallar. Los cardenales franceses y sus amigos declaran nula su elección y eligen otro papa, más exactamente un antipapa, Clemente VII. Como su predecesor, Urbano VI recurre luego a Catalina, la invita a Roma y la convence para que dirija la palabra al Sacro Colegio. Catalina, implicada en la defensa de Urbano VI, renueva la ofrenda de sí misma como víctima: “Dame la gracia de destilar mi sangre y recoge la médula de mis huesos en el jardín de la santa Iglesia”. (22.02.1379)

Catalina está agotada, más consumida por el amor crucificado por su Iglesia y por Italia que por las fatigas físicas. “He consumido y dado mi vida en la iglesia y por la santa Iglesia, lo que significa para mí una gracia muy singular”. En la tarde del 29 de abril de 1380, a la hora de la Pasión de Cristo su Esposo, que ha querido que sea partícipe de sus sagrados estigmas, ella muere, a la edad de 33 años, en su casita de la via del Papa, en Roma, cerca de la iglesia de la Minerva, donde aun hoy reposa su cuerpo.

Testigos de esta alma de fuego, tenemos sus Cartas (al menos 382), reunidas con amor por sus discípulos. El diálogo de la doctrina divina, dictado durante sus éxtasis, y su Oraciones, transcritas también en las mismas oportunidades.

Canonizada por el papa Pío II en 1461, santa Catalina será declarada copatrona de Roma en 1866, patrona de la Acción Católica femenina en 1909 y Doctora de la Iglesia en 1970.

La Orden Laical en el siglo XIII

Ahora es necesario volver un poco hacia atrás. En 1363, Catalina, esta gigante entre nuestras grandes hermanas, tiene dieciséis años e ingresa en un movimiento ya existente: las mantellate de santo Domingo. No es la primera; entra en una tradición que la precede pero que ella va a transformar en profundidad.

El movimiento laico en la Iglesia acaba de nacer entre el siglo XII y comienzos del XIII. Deja entrever una sed de volver al Evangelio y a su simplicidad. El movimiento es agitado, tumultuoso, multiforme. Son numerosos los predicadores laicos sin mandato, cuya doctrina no siempre cae dentro de la ortodoxia. La aparición de las órdenes mendicantes viene a responder a una esperanza. Los laicos encuentran en estas formas nuevas de espiritualidad una respuesta a sus aspiraciones. Siguiendo sus tendencias espirituales personales, algunos se encuentran mejor alrededor de los hijos de san Francisco; otros, de los Frailes Predicadores. Para distinguirse, revisten los colores de estas nuevas Órdenes: el gris de los frailes menores y el negro de los predicadores. Pero toda esta gente no tiene todavía una Regla jurídica. El 7º maestro de la Orden de santo Domingo, el español Munio de Zamora, será el primero en dar un estatuto propio a estos laicos, promulgando para ellos, en 1285, la Regla de los Hermanos y Hermanas de la penitencia de santo Domingo.

Entre los primeros penitentes negros, antes de la existencia de la Regla misma, se anotan ya los nombres de dos bienaventurados: Alberto de Villa d'Ogna (+1279) y Zdislava (+1252). El primero es un campesino pobre, católico, que pasa de casa en casa, recogiendo las limosnas para los pobres y enfermos; construyó para ellos un hospicio que, después, se llamará Hospital de San Alberto. En un marco social diferente, la bienaventurada Zdislava vivía en Bohemia, totalmente comprometida con las obras de misericordia.

En este final del siglo XIII, podemos anotar también los nombres de Genoveva y de Nera Tolomeo, contemplativas animadas de un profundo espíritu de penitencia, así como de la beata Benvenuta Bojani, del Friul.

Desde principios del siglo XIV, aparece un fenómeno nuevo: algunas hermanas de la penitencia se reúnen en colegios para llevar una vida en común. No obstante, no tienen otra Regla que la de Munio. No hay, pues, ninguna diferencia canónica entre ellas y las hermanas que viven aisladas del mundo. La novedad que aportará Catalina, es que ella rehusará tanto el matrimonio como la vida enclaustrada, para vivir en el mundo una vida de servicio y de testimonio espiritual, según el espíritu y el carisma de santo Domingo. Abbrescia dice de ella: "Catalina es plenamente una mujer, plenamente laica, plenamente dominica, plenamente contemplativa, plenamente apostólica: encarna el ser dominicano como ninguna otra".

Cercanas a Catalina en el tiempo, podemos nombrar aquí a la beata Juana de Orvieto, encajera, (1264-1306); la beata Margarita de Citta di Castello (1287-1320), ciega, gran contemplativa; la beata Vilana delle Botti (1332-1360), penitente; la beata Sibilina Biscossi (1287-1367) reclusa, y Beatriz, hija del pintor Giotto.

A finales del siglo XV se realiza un cambio en la terminología: los Capítulos generales de 1481 y 1484 empiezan a hablar de TERCERA ORDEN de la penitencia de santo Domingo y de terciarios.

Una Europa Desgarrada (siglos XIV a XVI)

El gran cisma de Occidente (1378-1417) urge la reforma de la Iglesia. Al movimiento pre-reformista que parte de la base y que precederá más de medio siglo la reforma oficial, participan varias terciarias dominicas, ¡notad que hablo en femenino!, en la cual algunas, siguiendo el ejemplo de Catalina, se implican también en la vida política. Rescatemos los nombres de tres beatas italianas: Colomba de Rieti (+1501), trabajadora por la paz en Perugia; Magdalena Panatierri (+1503), mística que ejerció una influencia eficaz sobre los Frailes y los novicios del Piamonte; y Osanna Andreasi (+ 1505), que renovó los prodigios de santa Catalina en el entorno de los Gonzaga en Mantua. A estos nombres falta añadir el de María Porta (+1520), que es la madre de san Cayetano de Thiene, protagonista de la reforma pre-tridentina en Italia.

El siglo XVI va a estar señalado primeramente por la Reforma de Lutero (1517) y el gran desgarramiento de la Iglesia; luego por la reforma católica y el concilio de Trento (1545-1563).

Un laico dominico inglés ha recibido el reconocimiento de la beatificación: Adrián Fortescue (1539), amigo de Tomás Moro y primo de Ana Bolena, la segunda mujer de Enrique VIII.

En Italia, encontramos varias bienaventuradas que, por el testimonio de su vida han preparado espiritualmente la reforma católica: Estefanía Quinzani (+1530), Lucía de Narni (+1544); Lucrecia Cadamosti (+1545); Catalina Mattei (+1547), Catalina Carreri (+1557) y otras más.

En este período tuvo lugar un cambio importante: Las Terciarias regulares, cuya Regla de la Tercera Orden Regular de las Hermanas de Santo Domingo había sido aprobada por el Maestro de la Orden Alberto de Cassaus y el papa Pablo III el 13 de agosto de 1542 van a convertirse, por decisión de san Pío V en Terciarias regulares enclaustradas. Entre éstas mencionemos, al pasar, a santa Catalina de Ricci (+1590).

Nombremos a algunas terciarias notables de este siglo XVI: la española Luisa de Borja y Aragón (+1560), llamada la santa duquesa, hermana de san Francisco de Borja; la beata Osanna de Cattaro, (+1565) una yugoslava precursora del ecumenismo moderno; la beata María Bartolomea Bagnesi (+1577), italiana, apóstol de Florencia.

Los siglos XVII y XVIII

En este período post-tridentino, el primero en obrar un cambio verdadero en la Tercera Orden en Francia es fray Sebastián Michaelis (+1618). Redactó un Directorio (falsamente llamado Regla de la Tercera Orden del P. Michaelis, porque la de Munio sigue siendo la vigente) que no se refiere solamente a las terciarias en forma individual, sino a las comunidades de terciarias. Introdujo una nueva tipología. Su autor, sensible a los signos de los tiempos, se ocupa de los comienzos de la emancipación de la mujer.

Un discípulo de Michaelis, Jacobo de la Palu, publica con mucho éxito una traducción de la Vida de Santa Catalina de Siena del beato Raimundo de Capua. En esta obra, Catalina se convierte en el símbolo de la renovación. Las comunidades reanimadas y reformadas ya no se

llaman más Fraternidades sino Congregaciones de santa Catalina. Muy rápidamente Francia se llena de ellas.

En Toulouse, las terciarias son las primeras en organizar, de una manera profesional, la asistencia sanitaria a los enfermos. Cuando san Vicente de Paul funda en París Las Damas de la Caridad, se inspira probablemente en su ejemplo.

Las terciarias dan prueba de su gran actividad y promueven numerosas iniciativas sociales. En París, la señora María Lumagne (+1657) funda el Instituto de la Providencia para jóvenes; María Magdalena Combé (+1692), calvinista conversa, crea la Casa del Buen Pastor. En Limoges, Leonarda Mercier (+1651), funda el hospital de San Alexis, mientras que en Albi, el arzobispo encarga a Ana de la Roque (+1673) la dirección del hospital.

Del mismo modo, la señora de Borret, la señora de Gargas, Catalina de Tossiam, María de Blondeau (+1635), María Paret (+1674), y Guillermina Massoulié (+1706) fundan casas para mujeres arrepentidas, huérfanas y jóvenes. Siguiendo el ejemplo de Catalina, son verdaderas pioneras de las obras sociales modernas y organizan las visitas y la asistencia a los prisioneros.

Concluamos esta revista francesa evocando a un gran terciario de la época: Juan Jacobo Olier (+1657), fundador del seminario de San Sulpicio.

También en España florece la Tercera Orden. Señalemos a dos místicas: Úrsula Aguir (1554-1608), hija espiritual de san Luis Beltrán, estigmatizada; y Esperanza Dolz (1567-1638), contemplativa.

En Ultramar

En adelante, hay que atravesar el océano con España. Porque en América ha surgido otra estrella del laicado dominicano, santa Rosa de Lima (1586-1617), digna émula de su antecesora Catalina de Siena. La vida y la muerte de esta joven de treinta y un años sacude profundamente al mundo de la cultura hispanoparlante, hasta Filipinas. Como Catalina, Rosa se convierte en un punto de referencia; numerosos terciarios, hombres y mujeres, se sienten atraídos por ella, entre ellos debemos señalar a Juan de Castilla (+1635), médico y profesor de la universidad, a quien se le encarga que examine a Rosa; bajo la influencia de la joven dominica, ingresa en la Tercera Orden y pide, antes de morir, que se lo entierre junto a Rosa.

En la huella de santa Rosa, encontramos también a la mística peruana Feliciano de Jesús (+1664), y a una conversa Juana Margarita de Jesús, que muere a los 22 años. En Colombia, citemos a María Ramos (+1612), que será el origen del santuario de la Virgen de Chiquinquirá, patrona del país.

Surquemos otra vez los océanos, esta vez hasta Asia. En el año de la muerte de santa Rosa, estalla una terrible persecución en Japón, donde los misioneros dominicos españoles trabajan desde hace unos años. La persecución se prolongará varios años, la colina de Nagasaki se convertirá en una hoguera alucinante (1617-1637) de la cual no escaparán ni los niños. Los mártires se cuentan por millares. En 1867, Pío IX ha beatificado a 205 de ellos, y Juan Pablo II ha colocado también a otros en los altares. Entre todos estos mártires, pueden contarse algunos terciarios.

Volvamos a Europa. En el siglo XVII. La Tercera Orden conoce un gran desarrollo en Italia. A diferencia de Francia, el acento se pone más en el aspecto místico que en el apostolado organizado. Encontramos allí a las estigmatizadas: Ángela de la Paz (1610-1662), Lucía González (1617-1648), Francisca María Furia (1571-1645), Teresa Bernucci (1623-1656) que, como Catalina, recibe la gracia del matrimonio místico. Otras terciarias, Julia Cicarelli (1522-1621) y Catalina Paluzzi (1571-1645), fundan nuevas comunidades de hermanas dominicas enclaustradas.

En Irlanda encontramos algunas terciarias entre los mártires de este entorno en el siglo XVII: Margarita de Cashel (+1647), Honorata de Burgo (+1653), y Honorata de Magan (+1653).

Pasemos al siglo XVIII: la fuente no deja de manar. En España, Josefa Berrido (1658-1717) es notable por sus éxtasis, mientras que María Casilda (+1750) tiene los estigmas y que Catalina de San José (1696-1776) se convierte en apóstol de Sevilla. En la región de influencia española, en Filipinas, Juan de Escano y Córdoba (1710), general de la flota mercante, es un gran animador de la Tercera Orden en Manila.

En Italia, Rosa Fialetta Fialetti (1663-1717), excepcional por sus éxtasis, sus visiones, su matrimonio místico, ejerce una influencia cierta sobre la Venecia frívola del siglo XVIII.

Pero es en Francia donde florece mayormente la Tercera Orden, conservando la naturaleza activa y apostólica que tenía en el siglo anterior. En primer plano, tenemos a san Luis María Grignon de Monfort (+1716), gran apóstol del Rosario, que intenta mantener la fe mediante la devoción mariana dominicana. También podemos mencionar a Catalina Teresa Phélis, la santa de Valfleury como se la llama, víctima de la reparación y de la expiación (+1705); Benita Rencurel (1647-1718), la vidente de Laus, fiel guardiana del Buen Encuentro, el santuario más venerado de Europa después del de Loreto durante todo el siglo XVIII. Destacándose sobre las demás, encontramos a la beata María Poussepin (1653-1744), primeramente terciaria, luego consagrada que, junto con un grupo de terciarias, va a crear la primera congregación dominicana femenina de vida apostólica, las Dominicas de la Presentación, colocándose en la primera línea de los grandes apóstoles de la caridad de los siglos XVII y XVIII.

Entre las terciarias de vida contemplativa, señalamos a dos grandes figuras de aquel tiempo: una polaca, María Clementina Sobieska (1703-1735), esposa del malogrado Jacobo III Estuardo y reina de Inglaterra; a su muerte, de acuerdo con su voluntad expresa, será revestida del hábito dominicano y enterrada en San Pedro de Roma. En Italia, Rosa Govone (1716-1776) atrae la atención de los países extranjeros por sus iniciativas sociales llevadas a cabo en el Piamonte.

Estalla la Revolución Francesa: La orden desaparece completamente de Francia, pero no las Fraternidades, algunas de ellas sobreviven en la clandestinidad. Abundante cosecha de víctimas entre las terciarias: “Soy costurera, terciaria, hermanita de la Tercera Orden dominicana”. Así se presenta ante el tribunal popular Bárbara Jago de la Fraternidad de Morlaix. Perrine Eugenia Demaret (+1794), obrera, es guillotina en Brest. La beata Catalina Jarrige (1754-1836) se juega la vida para salvar a los sacerdotes perseguidos. Entre las víctimas incruentas de la Revolución, tenemos a María Clotilde Adelaida Savenia Borbón de Saboya (1759-1802), hermana de Luis XVI, último rey de Francia y esposa de Carlos Manuel IV de Saboya (1751-1819). Ambos son terciarios, igual que Fernando I de Borbón (1751-1819), duque de Parma, indudablemente envenenado por sicarios franceses.

Entramos en el siglo XIX. Con la caída de Napoleón (1815), vuelve la libertad, marcada por el despertar de la conciencia nacional. En Latinoamérica, frailes y terciarios patriotas se comprometen con la lucha por la independencia. Citemos, en Argentina, a Manuel Belgrano (1770-1820), héroe de la independencia y creador de la bandera nacional; don Cornelio Saavedra, (1760-1829), brigadier general; don Martín Miguel de Güemes y Montera (1785-1821), célebre general y estratega; y los padres del Libertador José de San Martín, gran amigo de los Dominicos.

En el Perú: José Bernardo Alcedo (+1873), músico, autor del himno nacional peruano “Somos Libres”; María Andrea Parado de Bellido (+1822); en Puerto Rico, el pintor José Campeche, mulato descendiente de esclavos negros, considerado como el mayor representante de la pintura de retratos de la cultura hispanoamericana del siglo XVIII.

Regresemos a Francia, donde Lacordaire restaura la Orden, y también las Fraternidades. Grandes nombres ilustran este resurgir: Claudio Lavergne (1814-1887), pintor y crítico de arte renombrado, prior de la Fraternidad de Nuestra Señora de las Victorias en París; Pedro Jousset (1818-1910), médico y publicista, también prior de la misma Fraternidad; Luis Carlos Gay (1815-1892), futuro obispo y apologista de renombre; Félix Villé (+1909), también pintor; y Gastón Doussot (1830-1904), quien ingreso luego en la primera Orden y será el valiente capellán de los zuavos pontificios.

Melania Calvat (1831-1903), una de los dos niños a quienes, en 1846, se apareció la Virgen en La Salette, se hará terciaria en Italia. En 1858, La Virgen María se apareció también en Lourdes. Dos terciarios, el padre Víctor Chocarne (1824-1881) y la señora Margarita de Blic (1833-1921) serán los iniciadores de la primera peregrinación nacional de Francia en 1872. A partir de entonces, Lourdes adquirirá un significado especial para la Tercera Orden.

También se debe a los terciarios la idea de la realización de un voto nacional, que se materializará en la edificación del Sagrado Corazón de Montmartre, en París. Citemos aquí a Alejandro Gentil, que parece fue el primero en lanzar la idea; Jorge Rohault de Fleury, activo secretario; Emilio Keller, quien en su carácter de diputado, asumió la delicada misión de presentar el proyecto en la Asamblea Nacional y que lo hará con tanto entusiasmo que logrará inmediatamente la aprobación unánime; y el cardenal León Adolfo Amette (1850-1920), arzobispo de París y ferviente terciario, que consagró la basílica.

Como suizo que soy, estoy en la obligación de mencionar, en esta época, al cardenal Gaspar Mermillod (1824-1892), primer obispo de Ginebra y Lausana después de la Reforma del siglo XVI, y que luego será desterrado de Ginebra.

En la época del Resurgimiento Italiano, los terciarios estuvieron también en el origen del Comité de París para enrolar a los zuavos pontificios. Una terciaria francesa, la Srta. Amelia Lautard, se ofreció como víctima por el papa Pío IX. Su muerte en Roma dos días después conmovió a Francia entera.

En Italia, luego del malestar que provocó la supresión de los Estados Pontificios, la Obra de los Congresos (1874-1910) quiso reunir a las fuerzas católicas para la defensa de la fe y de la Iglesia. Los laicos dominicos estuvieron presentes allí, sobre todo entre los dirigentes: Giovanni Acquaderni (1839-1922), que fue fundador de la Acción Católica y su primer presidente; ingresó en la Tercera Orden en Bolonia al final de su vida. Giovanni Paganuzzi

(1841-1923) fue responsable del período más floreciente de la Obra. Giovanni Grosoli Pironi (1859-1937) fue su primer presidente.

Federico Ozanam encontró entre los terciarios dominicos a sus más fervientes colaboradores para la fundación de las Conferencias de San Vicente de Paul.

El siglo XIX llega a su fin con un drama que conmueve a toda Europa: el incendio, en París, el 4 de mayo de 1897, del Bazar de la Caridad, donde, en el intento de salvar a los visitantes del “stand” de la Obra de las novicias dominicas, murió Sofía Carlota Augusta duquesa de Alençon, ferviente terciaria, cuyas Notas Íntimas, descubiertas después de su muerte, revelan un alma profundamente dominicana.

El Siglo XX

A principios del siglo XX, antes de la primera guerra mundial, el beato Jacinto Cormier, Maestro de la Orden, recibió en la Tercera Orden a muchas personalidades, tanto laicas como eclesiásticas. Citemos los nombres de algunas de ellas: Inés Mac Laren, (1837-1913), primera europea doctora en medicina, convertida del anglicanismo, y al maestro Licinio Refice (1885-1954), músico de renombre internacional.

Otros nombres importantes en este mismo período en Italia son: Emelinda Carravieri (1883-1908), quien, inmediatamente después entrará en el monasterio de Santa Inés de Bolonia. Su diario recuerda mucho a la Historia de un Alma de Teresa de Lisieux; Giacomo Alberione (1884-1971), fundador de la Familia Paulina; María Cristina Giustiniani-Bandini (1866-1959), fundadora de la Unión de Mujeres Católicas; Giacomo della Chiesa, arzobispo de Bolonia, que se convertirá en el papa Benedicto XV.

Entre los terciarios que caen en el campo de batalla, son dignos de mención: el escritor francés converso Ernesto Psichari (1883-1914), sobrino de Renan; y Guido Negri (1888-1916), conocido en Italia como el capitán santo.

Volvamos ahora nuestra mirada hacia Rusia donde dos terciarios moscovitas viven una aventura increíble: el matrimonio formado por Anna Ivanovna Abrikosova y Vladimir Abrikosov, ortodoxos de nacimiento, se convirtieron al catolicismo después de haber leído el Diálogo de santa Catalina de Siena. Continuaron perteneciendo al rito oriental. Entraron en la Tercera Orden y se separaron para consagrarse por entero al Señor. Vladimir es ordenado sacerdote secular en 1917 por el grupo ruso-católico de Moscú. Será expulsado en 1922 y morirá en Francia.

Anna Ivanovna, con un grupo de otras conversas de la ortodoxia, funda en 1912, en el seno de la Iglesia Uniata, una comunidad de Terciarias regulares dominicas. En un impulso místico, las diecisiete hermanas se ofrecen como víctimas de expiación por Rusia. Pronto fueron descubiertas, arrestadas y dispersadas, la mayor parte a Siberia, pero, continuando con su apostolado incluso en el campo de concentración y de trabajo. El primer arresto de Anna Ivanovna con otras diez hermanas, tuvo lugar del 12 al 16 de octubre de 1923 y la sentencia ordenando la dispersión del grupo, será pronunciada el 19 de mayo de 1924. Pero habrá aun otro proceso contra el grupo y sus allegados en 1931 y 1934. Todas las víctimas de estas condenas serán fusiladas sin juicio en noviembre de 1937. Ivanovna misma, murió de enfermedad en Moscú el 23 de julio de 1936. Todavía, en 1935, otro proceso fue incoado

contra tres dominicas. El último concierne a cinco hermanas quienes, después de su liberación, se habían reagrupado en Maloiaroslavets; arrestadas el 30 de noviembre de 1948, serán condenadas, el 17 de agosto de 1949, a diez años de campo de concentración. El principal jefe de la acusación repite siempre lo siguiente: “Conforme a la Regla de la Orden Dominicana, la organización lleva a cabo un trabajo contrarrevolucionario”. O también dice: “Las hermanas dominicas que consiguen a veces estar en el mismo campo, forman allí unos grupos para difundir las ideas católicas, consideradas contrarrevolucionarias por los guardianes”. Al lado de los nombres de las hermanas (según la documentación recogida por el P. Antoine Wenger, hemos encontrado los nombres de 24 hermanas) figuran también una u otra terciaria laica y numerosos fieles allegados a las hermanas y a los sacerdotes que ellas frecuentaban, sin que se haya podido determinar una pertenencia institucional a la Tercera Orden Dominicana. Señalemos que en 1923 todas estas hermanas tienen entre 22 y 49 años.

Regresemos al oeste. En Italia, inmediatamente después de la guerra, encontramos a unos terciarios que desempeñaron un importante papel en el mundo político: don Luigi Sturzo (1871-1959), que fundó el Partido Popular italiano, precursor de la actual Democracia Cristiana. Entre sus adherentes encontramos a varios otros terciarios: Giovanni Battista Paganuzzi (1841-1923); Giovanni Grosoli Pironi (1859-1937), futuro senador; Antonino Anile (1869-1943), luego Ministro de Instrucción Pública; Igino Giordani (1894-1980), periodista, escritor, apologista, luego parlamentario; Remo Vigorelli (1893-1977), etc.

Benedicto XV, ya mencionado, y cuyo pontificado se extiende de 1916 a 1922, contribuye al desarrollo de la Tercera Orden dominicana a la que pertenece. Escuchemos más bien el llamamiento que lanza el 6 de septiembre de 1919:

En medio de graves peligros que por todas partes amenazan la fe y la moral del pueblo cristiano es Nuestro deber poner en guardia a los fieles, indicándoles los medios de santificación que Nos parecen más útiles y oportunos para su defensa y progreso.

Entre estos medios, consideramos uno de los más importantes, eficaces y seguros la TERCERA ORDEN DOMINICANA, que el glorioso patriarca Domingo de Guzmán, conocedor de las asechanzas del mundo así como de los remedios saludables que se derivan de la doctrina divina del Evangelio, tuvo la inspiración de instituir la para que en ella toda clase de personas encuentren el medio de satisfacer el deseo de una vida más perfecta.

Por ello, Nos exhortamos a los fieles de todo el mundo a que no desechen el eco que resuena todavía armoniosamente de la voz multiseccular y siempre providencial del sabio Fundador; en razón de Nuestra función de defensor de la salvación de las almas. Los invitamos a reunirse bajo el santo estandarte de la Tercera Orden de santo Domingo, adornada de tantas flores de virtud, e ilustrada de manera especial por las dos piedras preciosas de santidad que son Catalina de Siena y Rosa de Lima.

A todos los miembros de esta Tercera Orden, presentes y futuros, Nos otorgamos de corazón la Bendición apostólica, prenda de Nuestra benevolencia paternal, prenda de favores celestiales y promesa de salvación.

El sucesor de Benedicto XV será Pío XI, el papa de la Acción Católica. Su pontificado aporta a la Tercera Orden un soplo de juventud. La colaboración entre la Tercera Orden y la Acción Católica se convierte en un leit-motiv de todas las agrupaciones y congresos. En el plano legislativo, en 1923, tiene lugar un acontecimiento importante. Para adaptar la Regla de

Munio al nuevo código de Derecho Canónico publicado en 1917, el maestro de la Orden Ludwig Theissling promulga una nueva Regla: la Regla de la Tercera Orden seglar de santo Domingo. Notemos al pasar que desaparece la antigua terminología Tercera Orden de la Penitencia. La Regla de Munio había alcanzado la avanzada edad ¡de 640 años!

Pero volvamos a las personas, siempre en Italia: este nuevo período no es menos rico en personalidades de primer plano, algunos de ellos muy ligados a la Acción Católica:

Pier Giorgio Frassati (1901-1925), de Turín, cuya biografía ejerce gran influencia en la juventud católica que lo reconoce como símbolo de su generación. Ha sido beatificado el 30 de mayo de 1990. En esa ocasión el Maestro de la Orden Damián Byrne escribía a las Fraternidades: “Durante su breve vida de dominico, solamente tres años, el beato Frassati fue el modelo de lo que debe ser un laico dominico... Su ministerio y su espiritualidad estaban centrados en la Eucaristía y la ayuda a los pobres... Su oración era un llamado a la acción. No temía al mundo en el que debía vivir. Los movimientos políticos y culturales del siglo XX constituyeron un desafío para él. Perteneció a nuestro siglo donde se encuentran las necesidades de reforma de la actualidad. Es un modelo para nuestra verdadera vocación de dominicos”. Y el Maestro concluye: “en este día de su beatificación, deseo poner a los laicos dominicos bajo la protección especial del beato Pier Giorgio Frassati”.

A su lado, aun podemos nombrar a:

- Igino Righetti (1904-1939), que fundó, con Juan Bautista Montini, futuro Pablo VI, el Movimiento de los Laureati católicos,
- Pietro Lizier (1896-1973), presidente de la FUCI y de los Laureati,
- Aldo Moro (1916-1978), político conocido por todos, sobre todo a causa de su fin trágico, diputado por Bari durante treinta años, varias veces ministro y presidente del Consejo.

¿Sabéis que tres Premios Nobel han sido terciarios? Primeramente, la noruega Sigrid Undset, Premio Nobel de literatura en 1928, cuya última obra estuvo consagrada a Catalina de Siena. La Municipalidad de Oslo la ha honrado también con su propio Premio que ella, al día siguiente, fue a poner a los pies de la Virgen en la iglesia dominicana de Oslo. Los otros dos titulares son argentinos: Carlos Saavedra Lamas, Premio Nobel de la Paz en 1936, y Bernardo Alberto Houssay, Premio Nobel de Medicina en 1947.

Ya que estamos en América, quedémonos allí para descubrir que:

- en Canadá, Dina Bélanger (1897-1929) será religiosa, sor María de Sta. Cecilia de Roma, conocida por sus memorias místicas descubiertas después de su muerte.
- en Estados Unidos, Rosa Lathrop Hawthorne (1851-1926), quien conmocionó a todo Nueva York por la donación de su vida a los cancerosos, y más aun por su consagración al Señor, hecha con algunos otros terciarios.
- en Colombia, Antonio José Uribe, ministro de Asuntos Exteriores.

Volvamos una vez más a Europa. En 1936 estalla la guerra civil en España. Varios terciarios no dudan en derramar su sangre por fidelidad a Cristo y su Iglesia. Tres de ellos tienen abierto el proceso de beatificación: Antero Mateo García (1875-1936) y Miguel Peiro Victori (1887-1936), de Barcelona; y Fructoso Pérez Márquez (1884-1936), de Almería en Andalucía. A

partir de los documentos del proceso, me permito presentar a estos tres mártires con más detalle:

- Antero Mateo García estaba casado, era padre de ocho hijos, de los cuales dos eran religiosos. Modesto empleado ferroviario, era un auténtico representante del mundo obrero. Joven, hubiera querido estudiar para ser sacerdote, pero la situación económica de sus padres (era el mayor de nueve hermanos) no se lo permitió. Al llegar a Barcelona para trabajar, entró en relación con los dominicos cuya iglesia frecuentaba. Con su esposa, se hicieron miembros de la Fraternidad de la Tercera Orden. Era un gran devoto de la Eucaristía y del Rosario que rezaba fielmente en familia. Cuando estalló la persecución en Barcelona, recibió amenazas en su lugar de trabajo. El 8 de agosto de 1936, fue arrestado y conducido al campo para ser torturado y fusilado. El único motivo de esa muerte fue su fe. Había dicho a su hija carmelita: “He ofrecido mi vida para que el reino de Dios triunfe en España; no creo que la haya aceptado, porque no lo merezco”.

- Miguel Peiro Victori pertenecía también al medio obrero, trabajaba en una hilandería. Por sus cualidades, se había ganado la confianza de la dirección que le confió una parte de los obreros. También estaba casado y era padre de familia, tenía un hermano dominico y uno de sus hijos entrará en la Orden. Él es terciario. Sus compañeros de trabajo dan testimonio de su justicia, de su generosidad y de su fe. “El único punto por el cual se distinguía de sus compañeros de trabajo era por su religiosidad; pero no se le quería menos por eso, todos lo apreciaban. Sin embargo, algunos lo trataban de fanático y retrógrado. Parece que lo denunciaron y lo condenaron a muerte a causa de tres o cuatro jóvenes que él había intentado reconducir hacia mejores sentimientos. Al despedirse de los suyos cuando se lo vino a buscar, les dijo: “Hasta volver a vernos en el Cielo”.

- Fructuoso Pérez Márquez queda huérfano de padre a la edad de seis años. Un tío lo lleva con él a Chile. Ya formado, vuelve a España para ayudar a su madre y a sus hermanos menores. Unos años después se casa y tiene cuatro hijos. Su facilidad de palabra y de escritura lo orientan hacia el periodismo para servir a la causa de Cristo y su Iglesia. Primero es redactor, luego director del periódico La Independencia. Perseguido primero por la francmasonería, es arrestado varias veces. El diario debe dejar de aparecer y su director se encuentra sin trabajo. Emplea entonces su tiempo en la lectura, la escritura y la oración. Una mañana, cuatro milicianos se presentan en su casa y le piden que los siga. Conciente de la situación, dice al partir: “Si no nos volvemos a ver, nos veremos en el Cielo. Os espero allí”. Al franquear el umbral de su domicilio, sin ostentación, fiel a su costumbre, se descubrió y se santiguó. Lo llevaron al convento de las Adoratrices convertido en prisión, y ocho días más tarde, el 15 de agosto, fue ejecutado mientras exclamaba: “¡Viva Cristo Rey!” Un testigo declaró: “Para él el martirio no fue más que la coronación de una vida cristiana auténtica, aureolada de la gracia de morir por Aquel por quien siempre vivió”.

Siempre en España, encontramos a una joven de apenas 17 años, María Jesús Arbizu y Pérez (1909-1924) que le pidió a santa Teresa de Lisieux la gracia de morir joven como ella: “Quisiera morir así: joven y dominica”. Fue escuchada.

En Barcelona, María Teresa García González (1908-1952) es a la vez un apóstol activo y una mística silenciosa. Recibe el don de los estigmas, al principio visibles, después invisibles.

En Alemania encontramos a un canciller, Guillermo Cuno (1876-1933); una ministra Hanna Renate Laurien; un teólogo, Franz Diekamp (1864-1943); un medievalista, Martín Grabmann (1875-1949).

En Inglaterra, podemos citar la interesante experiencia de Ditchling con la comunidad de San José y Santo Domingo formada por un grupo de terciarios dominicos; a Eric Gill (+1940), artista, filósofo, promotor de la justicia social, escritor; Andrés Sebastián Raffalovich (1865-1934), de origen ruso, periodista y novelista; Valentína Kilbride (+1983); Hilary Douglas Pepler.; David Jones, pintor y poeta. También en Inglaterra podemos señalar a Dorotea Snell (+1932), enfermera de renombre internacional, conversa del anglicanismo.

En Italia, podríamos mencionar todavía varios nombres, entre otros los grupos de Calabria o de Santa María Sopra Minerva en Roma: escritores, astrónomos, fundadores de obras, historiadores, junto con el santo obispo de Arezzo, Mons. Giovanni Volpi (1860-1931).

La segunda guerra mundial hace también víctimas en la Tercera Orden. Sólo tres nombres: en Bélgica, Walther Dewé (+1944), víctima del nazismo; igualmente en Francia, la amable Suzanne Mélot (+1944); en Italia, Giovanni Dotta (+1940), subteniente de aviación, cuyas cartas dan testimonio de su vida espiritual y dominicana.

Durante la guerra, todavía encontramos a la francesa Ruth Libermann (+1962) que fundó la Asociación Internacional de Asistentes Sociales.

Llegamos al final de nuestro recorrido: el período del Vaticano II y el postconciliar. No faltan los nombres importantes. En Italia, Pier Giorgio La Pira (1904-1977), célebre alcalde de Florencia, que fue también de la constituyente, luego miembro de la Cámara de Diputados; un émulo de Pier Giorgio Frassati: Pier Luigi Roeggla (1939-1962); una actriz napolitana: Titina De Filippo (1963); una escritora y al mismo tiempo mujer de acción y de iniciativa: María Anna Saladini (+1968); una mujer que hizo de su casa un centro de apostolado dominicano en Turín: Nicoletta Rossi di Montelera (+1970); Irene d'Aosta, hija del rey Constantino de Grecia, entregada por entero a las obras de asistencia; Elia Raffaele (+1981), político e investigador apasionado de la historia dominicana; Pasquale d'Errico "el mariscal" (+1988), que no podía concebir sus actividades sociales y eclesiales fuera de la proyección de su ser dominicano.

También en otros sitios; en Albania, Caricli Papa (1930-1965) joven conversa que escogió Italia como segunda patria; en España, Antonio Dauden (+1951), "un nuevo Pier Giorgio Frassati"; en Venezuela, Margarita Rivas (+1938), a quien la prensa señala como "mujer extraordinaria"; en Guatemala; Conchita Estrada (+1974), a quien la Iglesia guatemalteca debe mucho en el plano religioso y catequético, cultural y social; en Estados Unidos, el prestigioso obispo Fulton Sheen (+1980), apóstol de los medios de comunicación.

Álbum de Familia

Acabamos de recorrer juntos 750 años de la historia del laicado dominicano. Para nosotros, no es una historia lejana: es nuestra historia de familia. Hemos hojeado este gran álbum con amor. En las últimas páginas, hemos encontrado a personas que nos están muy próximas, son apenas nuestros mayores que hemos conocido. De esta línea de antepasados, tenemos el derecho de sentirnos orgullosos. Los terciarios ¿son personas a las que se mira con ojos desdeñosos y condescendientes? No dejemos que perdure esta imagen mentirosa. Porque estos miles de testimonios muestran evidentemente los insondables recursos de generosidad, de compasión, de piedad, y también de creatividad, de fuerza y de perseverancia que manan del espíritu de santo Domingo a los laicos, hombres y mujeres, que se comprometen a seguir sus pasos.

En la actualidad nos vemos enfrentados a retos extremadamente serios, de orden social, político, y económico; de orden moral, tanto en el plano individual como universal. En nuestros países occidentales estamos confrontados con el inmenso desafío de transmitir la fe a las generaciones jóvenes. La gracia dominicana ¿será hoy menos fértil que ayer? ¿Tendremos menos imaginación y valor, menos confianza y generosidad?

Estamos aquí reunidos para probar lo contrario. La larga lista de héroes y de santos sigue escribiéndose. ¡Ojalá que un día los nombres de muchos de nosotros y de aquellos a quienes representamos puedan figurar en esa lista! ¡Que Dios escuche la oración de nuestro Padre santo Domingo como ha escuchado tantas súplicas en el curso de los siglos!

1 1. Esta conferencia ha sido publicada por su autor en: Domenico M. ABBRESCIA O.P. *Laici Domenicani*, Nicolini editore, Gavirate (VA), 1989, 232 p. Constituye la 4ª parte: Saggio Storico sui Laici Domenicani (p.131-180).

2. En su libro *Católicos en Rusia según los archivos del KGB, 1920-1960* (ed. DDB, París 1998, p.322), Antoine WENGER habla largamente de este grupo de religiosas dominicas en el primer capítulo, y consagra el segundo al “Camino de la Cruz de Anna Abrikossova” (pp. 63-90). He revisado mi primer texto tomando en cuenta esta documentación importante y conmovedora.

Traducido del texto original *La Galerie des portraits. Grandes figures du laïcat dominicain* por Dª Estela Sánchez-Viamonte, OP